

JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Del sueño americano al sueño con serpientes*

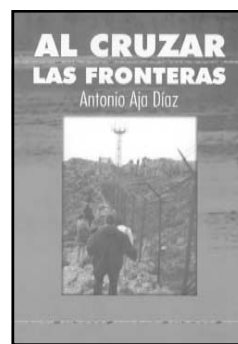
La migración internacional y el proceso cubano

La buena química entre el resultado de una investigación y el texto en que ese resultado se plasma es de suma importancia en el terreno del conocimiento social. En especial, todo lo vinculado con la política, las relaciones económicas y las ideologías [...]. Esa química es esencial, más que importante, porque edifica el puente entre la indagación, el análisis, la revelación rigurosa –de articulaciones, incidencias directas e indirectas, intereses y compromisos– que pone a flote el quehacer investigativo, de una parte, y de la otra, la transmisión inteligible, coherente, demostrativa, a un público diverso y numeroso [ha escrito Aurelio Alonso]. Sin em-

* Antonio Aja Díaz: *Al cruzar las fronteras*, La Habana, Cedem, UNFPA, 2009.

bargo, la combinación no siempre se logra, ya que en ocasiones el caudal de los datos puede asfixiar la buena comunicación, y hacer que los árboles no nos permitan ver el bosque.¹

El volumen que se reseña en la presente nota encaja, justamente, en la química fecunda, expresiva y clarificadora a la que se alude, a la vez que es ajeno a la reserva o prevención con la que finalizan las palabras citadas, al advertir sobre ese desequilibrio que compromete, con no poca frecuencia, el alcance de resultados investigativos, cuya prolijidad en cifras, tablas estadísticas y porcentajes, abruma o desencanta al lector y lo lleva a posponer una lectura que, no siempre, se concluye ni aporta un aprendizaje.



Al cruzar las fronteras, de Antonio Aja Díaz, nos ofrece, con una visión transdisciplinaria, el fruto de quince años de laborioso, sistemático y útil esfuerzo académico del autor, donde se conjuga el análisis coyuntural reclamado por la urgencia e inmediatez de evaluaciones y diagnósticos, con la reflexión científica reveladora de elementos

¹ Aurelio Alonso: «El imperio contra la legitimidad», *Casa de las Américas*, No. 241, octubre-diciembre de 2005, p. 66.

estructurales y tendencias que, en buena medida, no se despliegan en el corto –y a veces, ni siquiera en el mediano– plazo. Se trata de una aproximación que se nutre de perspectivas que atraviesan la sociología, las ciencias políticas, la disciplina de las relaciones internacionales, la historia, los estudios culturales y la economía política. Su objeto es la migración internacional, asumida sobre todo en su expresión latinoamericana y profundizada en la experiencia cubana.

A menudo, la relevancia de un hecho actual, la significación de un fenómeno en curso o la premura que exige la comprensión de un problema que emergió recientemente, atrapan a las ciencias sociales y las mueven a concentrar su atención en coyunturas efímeras, cuya expresión puede diluirse con el paso del tiempo sin dejar huellas mayores en la contemporaneidad. En otros casos ocurre que, si bien se trata de acontecimientos o procesos que marcan hitos en el desenvolvimiento de una nación, una región o del proceso histórico mundial, dichas disciplinas no escapan a la tentación de abordar tales cuestiones bajo imperativos de un apremio práctico o teórico, que puede llevar su quehacer intelectual por los caminos –como lo denominaría Wrigth Mills– de un empirismo extremo o de una teorización abstracta. Si se pasa revista a la profusa literatura especializada en los estudios internacionales (incluidos los americanos), no hay duda de que, de modo bastante extendido, el tratamiento dado a un tema recurrente, como el de los procesos migratorios, se ubica en esa caracterización. El foco analítico se ha puesto, más bien, en conflictos nacionales y regionales. En unos casos se han aplicado ópticas que absolutizan el papel de la política y la sociedad civil. Otras veces se aplican enfoques economicistas que subordinan, cuando no ignoran, la motricidad de lo ideológico, cultural o superes-

tructural, y pierden de vista el rol del individuo. También ocurre que al focalizarse el lugar de la personalidad en la historia, se desdibuja la significación de las acciones colectivas, la capacidad de las masas populares, desconociéndose las contribuciones de Charles Tilly o de Carlos Marx. No pocos son los textos que, en su generalidad, adolecen de insuficiente actualización.

Los estudios sobre la migración internacional y las relaciones interamericanas no escapan a esta caracterización, y quizá sean de los que por su importancia requieran, con mayor apremio, de profundizar en la reflexión holística, diacrónica y sincrónica, con el fin de trascender la ponderación casuística de coyunturas críticas y su caracterización episódica, sobre todo cuando se examinan la etapa contemporánea o el territorio de ese campo bautizado como historia reciente.

El libro de Aja retiene los antecedentes de la migración internacional, examinándola en su decurso a través del proceso de internacionalización capitalista y de la globalización, bajo una perspectiva multidimensional y en movimiento, que distingue de modo consecuente, a lo largo de sus cuatro capítulos, sus atributos como fenómeno complejo, cambiante y contradictorio. Como lo subraya en su prólogo Esteban Morales:

en el libro, los problemas relativos a las migraciones en el Caribe, Latinoamérica y Cuba son tratados con abundante, valiosa información y creatividad, destacando sus particularidades más distintivas [...]. La metodología empleada para abordar el tema permite que, cuando se llega al caso de Cuba, la misma aparece en el contexto de un tipo de análisis de círculos concéntricos, que nos posibilita haber entendido primero los asuntos teóricos del tema, las ten-

dencias mundiales de la migración y hasta los retos que se enfrentan, en un excelente avance desde lo más general hasta lo particular, que facilita ubicar a la Isla en el contexto del fenómeno de la migración internacional y hasta quitarle espacio a algunos mitos y malas interpretaciones o interpretaciones mal intencionadas acerca del fenómeno migratorio cubano. Cuba aparece así en su verdadera connotación. Cuba siempre tuvo como centro de atracción migratoria a Estados Unidos. Ningún país del mundo ha sido receptor de emigrantes cubanos como lo ha sido Estados Unidos.

Al cruzar las fronteras nos entrega el resultado de una investigación sostenida, que el autor inició desde el entonces Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), de la Universidad de La Habana, hoy denominado Centro de Estudios sobre Migraciones Internacionales (CEMI), y concluyó en el Centro de Estudios Demográficos (Cedem). El texto encuadra los datos obtenidos en marcos teóricos que traspasan el cúmulo de elementos testimoniales, números y estimaciones estadísticas, exponiendo explicaciones e hipótesis que, más que agotar el tema, estimulan la reflexión ulterior y refleja el alcance y las potencialidades de las ciencias sociales.

El libro, además de constituir un acercamiento original, resulta oportuno, especialmente por el hecho de que la distancia entre su terminación y su publicación ha sido pequeña, unido a la renovada importancia política y cultural que adquiere el tema. Ello se palpa con el encuentro reciente –que se realizó a comienzos del año en curso– entre Cuba y sus emigrantes, como continuidad de la ruta que, con aciertos y tropiezos, inició la primera conferencia *La nación y la emigración*, en abril de 1994. El momento actual está marcado por las esperanzas, ilusiones y

posibilidades de un eventual mejoramiento en la relación bilateral entre Cuba y los Estados Unidos, a pesar de las frustraciones derivadas del limitado desempeño de la Administración Obama durante su primer año, y de las expectativas sobre nuevas flexibilizaciones por parte del gobierno cubano en su política migratoria y en sus proyecciones hacia la emigración, como parte del contexto más amplio de la sociedad cubana.

Conocedor de la teoría sociológica y con un competente oficio investigativo, Aja comprende, como Alejandro Portes y Jorge Duany, la significación del fenómeno de la transnacionalidad.

Pareciera que los procesos de migración a escala universal ya no pueden explicarse desde la perspectiva exclusiva de los análisis de la región de origen y de la región de destino [puntualiza], sino a partir de evaluaciones de la realidad de los espacios sociales transnacionales que, de manera cada vez más intensa, se desarrollan entre estas, incluso por encima de las citadas regiones. Es la configuración de un complejo sistema de redes de intercambio y circulación de personas, dinero, bienes e información. El concepto de transnacionalismo surge no sin amplio debate en las ciencias sociales y económicas, con el propósito de abordar el proceso en virtud del cual los inmigrantes crean y mantienen relaciones sociales, de múltiples aristas, que vinculan las sociedades de origen y asentamiento, los procesos que traspasan fronteras geográficas, culturales y políticas.

La relevancia teórico-metodológica del fenómeno implicado es de gran trascendencia a lo largo de la investigación que nos presenta *Al cruzar las fronteras*.

Los cuatro capítulos a través de los cuales se ha organizado el contenido del libro conforman una unidad de lectura progresiva que comienza con un panorama del estado en que se halla la indagación sobre el tema. En ese sentido, se problematiza la migración internacional como objeto de múltiples aproximaciones desde las ciencias sociales, valorándose los hallazgos, lagunas y vacíos existentes en la literatura especializada al respecto. El rápido recorrido histórico precisa los principales momentos y etapas, llamando la atención sobre los hitos que introducen la segunda mitad del siglo XIX y los comienzos del XX, al significar el papel de los grandes desplazamientos humanos en la evolución del capitalismo, los impactos de la internacionalización del capital y las contradicciones provocadas por el sistema capitalista a escala universal. Como señala el autor en el primer capítulo:

el siglo XXI se inició matizado por la tendencia de los vínculos globales a abarcar todas las áreas geográficas y todos los grupos humanos, y a establecer diferencias entre estos grupos: algunos se convierten en miembros de pleno derecho en el nuevo orden global, mientras otros (la mayoría) quedan marginados [...]. Las dinámicas seculares de diferenciación han sido redefinidas por la globalización. Lo social se ha complejizado, y al hacerlo, se va produciendo una dualización transversal en las sociedades, donde tiene lugar una integración selectiva de ciertos grupos sociales, a la vez que se excluyen otros.

Luego de pasar revista a la bibliografía existente, Aja advierte que de manera tradicional, «la migración se ha estudiado desde diferentes perspectivas, que incluyen el traslado y aplicación de los

paradigmas teóricos y metodológicos utilizados para el análisis de las migraciones internas a la movilidad de la población a escala del planeta, por lo que existe un amplio espectro de teorías cuyo propósito es explicar este proceso» y que «no existe una teoría coherente y única sobre la migración internacional, solo un conjunto fragmentado de teorías que se han desarrollado de forma aislada unas de otras, en ocasiones segmentadas por fronteras disciplinarias». Y añade que «los patrones y tendencias actuales sobre el fenómeno migratorio a escala internacional, dada su naturaleza multifacética, exigen un cuerpo teórico integrador que incorpore varias perspectivas, niveles y supuestos. El problema no se soluciona con herramientas de una sola disciplina, o enfocando un nivel de análisis. La tarea debe conducir a la integración de los paradigmas contemporáneos de mayor eficacia. Tras mirar el paisaje migratorio en la América Latina y el Caribe, el primer capítulo termina proponiendo interrogantes e identificando retos.

En el siglo XXI [dice el autor], es evidente la necesidad de replantearse el contenido de conceptos tradicionales que sirvieron de marco para el análisis de la realidad mundial tales como: Estado, nación, frontera, soberanía, migraciones, tráfico de personas, seguridad, tráfico de drogas y las relaciones internacionales. Y debe hacerse bajo el prisma crítico de la evolución del capitalismo a escala mundial y de sus contradicciones.

El segundo capítulo penetra en la sociedad cubana y el proceso migratorio que desde ella se genera, presta atención tanto a los antecedentes históricos más distantes del momento actual como de su transcurrir durante el siglo XX y caracteriza el pa-

trón migratorio externo de Cuba antes y después del triunfo de la Revolución. Aja entra y sale analíticamente de las teorías y estudios que tratan de describir y explicar la realidad de Cuba como país de emigrantes. Destaca el movimiento migratorio hacia los Estados Unidos y los contornos políticos de ese proceso, incluida, naturalmente, la emigración ilegal y la manipulación temprana que los gobiernos estadounidenses comenzaron a hacer de un tema tan complejo.

La esencia de Cuba como un país de emigración [señala], nos muestra que todos los cubanos somos actores o nos relacionamos con la migración. Descendemos de inmigrantes y nos vinculamos con los que emigran desde la Isla a través de fuertes relaciones familiares y personales; las circunstancias históricas y de la vida política marcan la conformación de una cultura de la emigración, en un mundo donde la movilidad de la población a escala internacional constituye uno de los problemas globales de mayor complejidad.

Le sigue el tercer capítulo, que focaliza la recepción e inserción de la emigración cubana en la sociedad norteamericana. En este caso, el foco del análisis se desplaza a los Estados Unidos y al fenómeno no menos complejo (demográfico, sicosociológico, político, económico, cultural) de la inmigración. Como es de esperar, el énfasis se coloca en la segunda mitad del siglo xx, y en el punto de inflexión que significa el inicio en Cuba del proceso revolucionario a partir del 1 de enero de 1959. Este análisis lleva consigo una atención marcada a la política migratoria norteamericana.

El autor resalta, ante todo, el marco histórico y estructural de la sociedad norteamericana, en su con-

dición de anfitriona. Así, recuerda que «la conformación de esa nación estuvo marcada desde sus inicios por el carácter multiétnico de este proceso, en el cual se determinó que los padres fundadores fueran predominantemente blancos, ingleses y protestantes». Sobre esa base, ampliará más adelante otras consideraciones de imprescindible atención:

un elemento consustancial al tema inmigratorio en ese país, es la reacción antiinmigrante. Desde la inmigración de los irlandeses en 1800, la apreciación de la contribución de los inmigrantes a la economía se ha visto acompañada casi siempre de un nativismo antiinmigrante y reacciones públicas a favor de las restricciones. El sustento de esa corriente radica en una combinación de racismo, miedo al aumento de los impuestos y proteccionismo político y cultural. Las reacciones antiinmigrantes se han visto florecer en épocas de crisis o cuando se percibe la inmigración como un peligro para la seguridad nacional.

Es decir, se fijan claves fundamentales, históricas y metodológicas, para comprender en su verdadera medida la esencia de la sociedad norteamericana, en términos de la intolerancia, el racismo y la discriminación que la definen, como antinomia del pretendido, difundido y sacralizado «sueño americano».

Las implicaciones de este análisis le confieren al capítulo —como lo confirma la atención que se le dedica a la definición sobre lo que es «ser hispano» o «ser latino» en los Estados Unidos, y al relieve político-ideológico que acompaña al asunto, a partir del conocido ensayo de Samuel P. Huntington, donde «alerta» sobre los «peligros para la identidad y la cultura nacional estadounidense» que entraña la «lati-

nización» del país— un valor agregado, a la hora de desmitificar a la sociedad norteamericana como país de oportunidades. ¿Quién no ha oído hablar o ha leído del «sueño americano»? ¿O tal vez se ha encontrado con la expresión en inglés, *the American Dream*? Como regla, la frase se refiere a las ilusiones que se crean en esa amplia gama de personas que, motivadas por expectativas derivadas de libros y películas, basadas en historias de otros, junto a las dificultades y reveses con que tropiezan a diario en sus países de origen, desean cambiar sus vidas, sueñan despiertos, y hasta deciden un buen día orientar sus caminos hacia una sociedad que les abra sus puertas y les brinde opciones de trabajo, vivienda, consumo, bienestar; que les ofrezca un futuro, donde puedan materializar aspiraciones, triunfar. De alguna manera, la imagen que aparece y reaparece a través de manifestaciones como la literatura, el cine y la tradición oral, reproduce el prototipo de los Estados Unidos como un país de oportunidades, al que basta llegar con energía, iniciativa, espíritu de empresa y capacidad de sacrificio.

Como bien señala Aja,

a Huntington le perturba la pérdida de la hegemonía *anglo-protestante* en Estados Unidos, como resultado del multiculturalismo, el bilingüismo y el transnacionalismo. Por ende, asume una postura reaccionaria contra esas fuerzas sociales y políticas. Su insistencia en las *diferencias irreconciliables* (primordialmente lingüísticas y religiosas) entre mexicanos y americanos encubre otra oposición binaria que no puede nombrarse abiertamente: nosotros (blancos) contra ellos (mestizos, indios negros, los otros).

Dentro del contexto étnico, racial e inmigratorio de la sociedad norteamericana, en este capítulo se

analiza cómo la evolución del referido proceso ha conducido a la formación y desarrollo de asentamientos de cubanos en otros países, si bien principalmente en los Estados Unidos, a quienes se denomina, de modo convencional, con el discutible término de «comunidad cubana en el exterior». Luego de explicar la particularidad de la situación de Miami, y la pertinencia del concepto de «enclave» para designar solo allí el entramado étnico y socioeconómico, unido a sus implicaciones políticas, Aja deja claro que esa comunidad no ha sido monolítica, y que «uno de los mitos que con más fuerza se ha mantenido, es el que intenta presentar a todos los que han emigrado de Cuba como un grupo homogéneo, en gran medida a partir de que una parte se autodefine como exilio». No obstante, a pesar de la creciente diversidad política que caracteriza a la emigración cubana, se coincide con interpretaciones como las de Lisandro Pérez, que distinguen la preminencia de la llamada *ideología de exilio* en el imaginario del referido «enclave», y hasta más allá de este, en medios como los de Nueva Jersey, donde termina por imponerse un clima de presiones ideológicas y una cultura de la intolerancia.

El capítulo también interpela la conflictiva relación bilateral, asomándose a episodios y coyunturas que, bajo diferentes administraciones norteamericanas, como las de Reagan, Bush (padre) y Clinton, propician altibajos en las tensiones entre ambos países, en las cuales el proceso migratorio ocupa un sitio descollante. Por supuesto, escenarios críticos, como los que conducirían a Camarioca, el puente aéreo, el Mariel, la crisis de los balseiros, junto a los reacomodos en términos de acuerdos migratorios entre los dos países y de reformas migratorias auspiciadas en el plano político interno en los Estados Unidos, son objeto de atención. Los efectos de oleadas como la del Mariel o

la de los balseros para el patrón predominante en la comunidad cubana asentada en territorio norteamericano, en la medida en que conllevaron heterogeneidad social, polarización clasista y renovación generacional «a lo interno de la comunidad cubana», como precisa el autor, consumen buena parte del texto de dicho capítulo. El secuestro del niño Elián González, el contubernio entre los sectores de extrema derecha de la comunidad cubana y el gobierno norteamericano, junto a la repercusión que ello tuvo para el medio emigrado, reciben también atención en esas páginas.

El capítulo finaliza con una visión panorámica del marco sociopolítico configurado en los Estados Unidos como consecuencia de los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, y con una mirada a la escalada de agresiones de la doble Administración Bush (hijo) contra Cuba, acompañada de una valoración de las medidas inmigratorias adoptadas por aquella a partir de 2006. El análisis incluye un breve examen de las percepciones que se forjan en ese país sobre la situación interna en Cuba con posterioridad a la enfermedad del Comandante en Jefe Fidel Castro y de la «Proclama» del 31 de julio de ese año.

Finalmente, el cuarto capítulo aborda las tendencias de la emigración cubana a inicios del presente siglo. Se trata, como es de suponer, de un difícil ejercicio intelectual. Para cumplir su propósito, el autor debe introducirse en el análisis de la compleja realidad cubana actual –en sus procesos, contradicciones, dinámicas, búsquedas, encuentros, desencuentros, posibilidades, límites, retos y oportunidades–, tomando nota del contexto internacional y de las relaciones con los Estados Unidos. Al referirse a los retos que enfrenta Cuba ante el tema de la emigración, por ejemplo, Aja aclara que «en función de identificarlos, se presenta su análisis en dos ni-

veles: desde su expresión en el plano individual, social y nacional; y desde aquellas esferas en las cuales el fenómeno migratorio tiene un impacto relevante, a saber, la cultura, la familia y la demografía».

El capítulo expone, además, las principales características sociodemográficas del potencial migratorio cubano, en el marco de la situación imperante en el país, realiza el autor un pormenorizado análisis de las principales regiones y provincias «emisoras» de migrantes, nos habla de los destinos fundamentales que escogen los migrantes, así como de las formas y vías utilizadas. Como sugiere el autor, en el último decenio ha tenido lugar un importante proceso de flexibilización, que contempla variadas medidas y acciones, cuyo alcance aún es limitado y requiere de profundización. El reto se orienta –nos dice– a «lograr que la tendencia a la emigración no sea un elemento disfuncional en la construcción y desarrollo de una sociedad socialista en el siglo XXI».

El sueño americano conserva (y pareciera que mantendrá, hasta donde alcanza a visualizar la imaginación) ese efecto de espejismo, que hace ver un falso oasis, con agua y sombra, en pleno desierto, bajo un sol implacable y una sed insaciable, en el mundo globalizado, en el que ciertos estereotipos culturales se reproducen. Por eso no estaría de más concluir esta reseña aludiendo al sentido de alerta que encontramos en las páginas de *Al cruzar las fronteras*, en cuya cubierta o portada encontramos la foto de mexicanos ilusionados que tratan de burlar la vigilancia y pasar al otro lado de la cerca, para materializar su sueño.

De ahí que convenga subrayar que en ese fértil terreno que existe hoy en los Estados Unidos para la reactivación de la xenofobia, el racismo, la discriminación étnica, el control fronterizo, se siguen alimentando (por encima de las tendencias en apariencia liberales que por momentos parecen querer

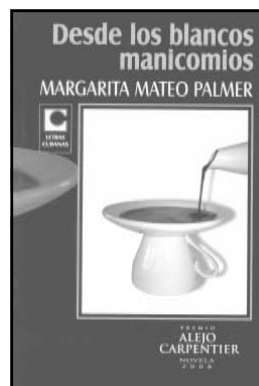
abrirse paso bajo la Administración Obama) ideologías conservadoras –nativistas y populistas–, que relativizan, minimizan o amortiguan, la universalidad del «sueño americano». No solo en la sociedad norteamericana, sino incluso más allá de ella, como símbolo de los «primeros» mundos, soñados por los inmigrantes que provienen de los «terceros». Como escenario del «sueño americano», los hilos que tejen esa sociedad favorecen más una pesadilla que una siesta placentera. O propician que *the American Dream* se convierta en un «sueño con serpientes», siguiendo los versos de Silvio Rodríguez, interpretados por él o por Mercedes Sosa, que siempre estremecen cuando advierten sobre peligros o amenazas reales que, percibidos o no, para el caso de la inmigración en los Estados Unidos y otros países capitalistas desarrollados portan venenos letales: «la mato y aparece otra mayor». **C**

LAIDI FERNÁNDEZ DE JUAN

*Desde los blancos manicomios**

Escrita por la ensayista y profesora de literatura Margarita Mateo Palmer (La Habana, 1950), la novela *Desde los blancos manicomios* obtuvo el Premio Alejo Carpentier en 2008 y fue publicada ese mismo año, ganando el Premio de la Crítica

* Margarita Mateo Palmer: *Desde los blancos manicomios*, La Habana, Letras Cubanas, 2008, Premio Alejo Carpentier de Novela.



en 2009. Organizada estructuralmente a manera de pentagramas que se repiten ocho veces, muestra un singular desarrollo donde no existe cabida para la transgresión de los límites impuestos por la autora no solo a través de un lenguaje distintivo, sino con una proyección diferenciada. Las cinco partes que integran cada uno de los ocho capítulos de la novela están delimitadas por las voces, las anunciaciones y los títulos de las estrofas, de modo que resultan fácilmente identificables a pesar de los desvaríos de la protagonista y primera voz: María Mercedes Pilar de la Concepción. Adoptando desde el inicio el significativo nombre de Gelsomina, esta voz narrativa deja explicitada su condición de pertenecer a una perturbada mental. Recluida en un manicomio blanco como sus paredes, ocupa dos de los espacios confesionarios que integran el quinteto de los capítulos. El primero de ellos, narrado en segunda persona, es el más desgarrador de todos, al provocar sentimientos entremezclados, en los que la compasión deja espacio a una complicidad empática. Las lectoras y los lectores vamos de la mano de esta delirante mujer, acompañándola en los torcidos caminos por donde su mente vaga. La descripción de los lugares físicos donde se encuentra, así como las imaginarias rutas que alcanza el vuelo de su perturbación llegan a ser comprensibles, entendiéndose como tal la verosimilitud del razonamiento que nos ofrece, desde una erudición que todo el tiempo aparece al compás de reiterados homenajes intertextuales.

Nombres entrañables de la literatura cubana (escritores, ensayistas, maestros, poetas) signan las pá-

ginas de la novela, envueltos en el aura siempre atractiva de las ausencias-presentes. Alejo Carpentier, Raúl Hernández Novás, Ángel Escobar, Salvador Redonet, son algunos de los más constantes.


La gradual y lentísima recuperación de la enferma obedece a un tempo calculado según las coordenadas del mundo cotidiano, donde la religión (en este caso afrocubana, representada por Orula) ocupa un lugar favorito, sin que el retorno a la normalidad sea motivo de regocijo. Al son de una plegaria, la cita escogida para el momento del regreso hacia el mundo real pertenece a María Zambrano, otra de las grandes que son homenajeadas así como al Rubén Darío de «Lo fatal»: «No existe dolor más grande que el de vivir en lucidez, ni mayor pesadumbre que la vida consciente», dando por natural el hecho de que Gelsomina no siente ningún placer por la recuperación, acaso porque continúa un peregrino andar por aguas errantes que no tienen fin, aunque haya aprendido que debe disfrazar su condición de viajera. La misma voz de estos episodios («Gelsomina en los altos manicomios blancos», «Gelsomina en la costa», «Gelsomina en el jardín de la ciudad», «Gelsomina en el camino», «Gelsomina y las brujas», «Gelsomina en el mapa de Europa», «Gelsomina en la Universidad Blaise Pascal» y, finalmente, «Gelsomina en la isla entrañable») es la encargada de otro de los acápites del abanico de cinco partes. Una obsesiva apropiación del término de insularidad persigue a la protagonista, llevándola al delirio de imaginarse dueña y señora de todas las teorías que intentan explicar nuestro carácter, las causas y las consecuencias de nuestra naturaleza de isleños. Nuevamente Margarita Mateo se explaya en homenajes, salda deudas con sus maestros, y utiliza nombres trascendentes como Derek Walcott, Aimé Césaire, Saint-John Perse, Vicente Huidobro, José Lezama Lima, Virgilio

Piñera. A sus personajes, a sus poemas, a sus tesis se rinde como quien ofrenda la más profunda reverencia. Estos capítulos («La isla fugitiva», «La noche insular», «La isla maldita», «El vuelo insular», «La isla recobrada», «Las islas del dolor», «La memoria insular» y «El olvido insular») son antecedentes por el discurso que ofrece el único descendiente de quien se hace llamar Gelsomina.

El hijo adolescente, con la carga de ser representante de rupturas que van más allá del salto generacional, muestra la rebeldía que se espera, y ofrece un punto de vista muy particular con respecto al padecimiento de su madre. Como respondiendo a un supuesto interrogatorio que ofrezca elementos de la historia materna, se sumerge en su propia vivencia para mostrarnos la dureza que ha adquirido en su afán por sobrevivir en medio de hostilidades e incomprensiones sociales, agravadas por el comportamiento inusual de su madre (ya para entonces internada) y de su abuela, quien recibe el epíteto de Marquesa Roja, y ocupa un lugar individual dentro del pentagrama literario. El empeño más importante de este muchacho no es salvar a su progenitora ni lograr aceptación por parte de su abuela, sino alcanzar el primer lugar en una carrera atlética de velocidad. Correr, desplazarse, sentirse libre, abarcar cuanto pueda en un espacio abierto es la meta de su existencia, y para ello emplea todas las energías de las que dispone, manteniéndose al margen de la tragedia que vive la familia.

Es un sobreviviente que, luego de enfrentarse a diferentes elementos marginales, ha batallado contra los prejuicios raciales de su abuela, y se mantiene en un supuesto limbo de fe. Devoto de Ochosi, de Elegguá y de todo aquello que afirme su individualidad, más que un apoyo constituye un obstáculo para la funcionalidad del hogar. Bajo el título de «La carrera interminable», sus ocho intervenciones

resultan legítimas, dichas con el lenguaje propio de esa edad indefinida cuando todo parece lejano, indiferente, apatoabúlico.

La Marquesa Roja, madre de María Mercedes Pilar (Gelsomina), con una suerte de ignorancia aristócrata, relata la visión amorosa y cándida del comportamiento de su hija. Heredera de una familia de alto rango venida a menos, carece de armas para lograr el entendimiento de la patología mental de María Mercedes. Sin llegar a participar directamente de las preferencias de su hija (literarias, musicales), luego de consentirla de forma asfixiante durante la niñez, le reclama ahora la cordura y la buena conducta que el canon social dicta, imposibilitada ella misma de mayores razonamientos. Su actitud, no obstante, está bañada por un aura de comicidad tal que sus palabras alivian un tanto la tensión que generan los capítulos donde la tragedia del encierro de Gelsomina domina las escenas. Su otra hija, exiliada en Miami, es quien más se le parece en términos de pensamiento pedestre, de escaso vuelo y de ambiciones de poca monta. María Estela escribe cartas («Cartas a Gelsomina») plagadas de situaciones hilarantes que continúan el placentero desahogo que se requiere como anticlímax. La sordidez del manicomio, el delirio por la insularidad, el sentido iconoclasta del hijo púber, todo el dramatismo relacionado con la pérdida de contacto con la realidad que padece la protagonista de la novela, encuentran la compensación y el alivio necesarios en las ligerezas de su madre y de su hermana. La novela, escrita con buen gusto y erudición, logra crear el ambiente de una estremecedora transición entre la demencia y la cordura, entre los naufragios y los regresos, entre los dolores y el imprescindible final de la angustia de sus personajes. 

CARLOS BERNAL

Un Sol que no está*

...y mis sueños no tendrán fronteras...

ERNESTO CHE GUEVARA

En 1977 fue publicado por Mario Benedetti en edición de la Casa de las Américas, con el título *Poesía trunca*, un libro con textos de poetas latinoamericanos asesinados por los cuerpos represivos de las dictaduras de turno en sus respectivos países, o que murieron por razones políticas. Algunos de ellos eran Otto René Castillo, Roque Dalton, Javier Heraud, Leonel Rugama, Rony Lescouffair, Francisco Urondo, entre los cuales se hallaba el uruguayo Ibero Gutiérrez (1949-1972), asesinado con solo veintidós años por el Escuadrón de la Muerte, y del cual no fue hasta 1992, unos años después de restituido el gobierno civil en Uruguay, que vino a publicarse un conjunto más amplio de su obra en dos volúmenes titulados *Antología I* y *Antología II*, al cuidado de Laura Oreggioni y Luis Bravo.

Desde que Mario Benedetti, exiliado en Cuba, dio a conocer parte de la obra de este poeta, hasta la fecha en que salen a la luz estas antologías, la vida de la nación uruguaya andaba sin respirar, pues el simple gesto de que un gobierno quiera apagar la voz de un poeta, es señal de que la vida de la República es reprimida. Como la obra de todo poeta verdadero es un misterio que trasciende el Tiempo de los mortales, nombrando lo efímero con pueril gracia y escandalosa osadía de niño, Ibero Gutiérrez se

* Ibero Gutiérrez: *Obra junta (1966-1972)*, prólogo de Luis Bravo, investigación y antología de Laura Oreggioni y Luis Bravo, Montevideo, Estuario Editora, 2009.



ha impuesto a la requisita de los desmemoriados y «mutiladores de cuánta ala», para seguir apareciendo en el mundo, y en donde más le duele: la poesía. Laura Oreggioni y Luis Bravo han juntado sus dos primeras antologías, incluyendo otros textos del poeta, en un libro compacto: *Obra junta (1966-1972)*,

Montevideo, Estuario Editora, 2009.

Las circunstancias en que Ibero Gutiérrez realizó su obra, los motivos de su muerte, la edad en que fue asesinado y la connivencia tan estrecha de estos con su quehacer artístico, podrían arrebatarle ahora a su posible lector la oportunidad de reconocer el alto valor artístico de *Obra junta*, pues si bien, como dice Octavio Paz, la obra de un poeta es su biografía, la de un poeta militante corre siempre el riesgo de ser juzgada de antemano, justa o injustamente, y ser difundida o no de acuerdo a coyunturas y conveniencias políticas, cuando, en verdad, la culpa de Ibero fue la de irradiar tanta luz que descubrió la inmensa sombra que se esconde en el mundo, la de tener «alas de gigante», tan gigantes que le impedían caminar; la de haber hecho de la patria «ara y no pedestal», la de haber nacido en un continente donde su emergencia civilizatoria ha estado obsesada constantemente por intereses imperialistas y sus repúblicas tironeadas de un lado por la anarquía, del otro por la dictadura. El lector mediatizado deberá sin embargo padecer la imputación de quien tira de las máscaras humanas, al representarlas irónicamente, para conmovernos.

Los primeros cuadernos que figuran en esta antología: «Poesía del cuaderno negro», «Introducción al mundo», «Cibernética», «La oblea férrea»

(1966-1968), de un lenguaje exteriorista, con temáticas de la cotidianidad citadina y la problemática político-social, contrastan con el contexto literario de su época, determinado de modo general por el arraigo nativista o la evasión lírica, aunque el influjo de las vanguardias europeas y latinoamericanas, del surrealismo y el futurismo; de Vallejo, Huidobro, Nicanor Parra, Borges, así como de la Generación del 27 española, posibilitaron la formación de poetas con miras diferentes no obstante de poca trascendencia. Más allá del lirismo confesional y neorromántico de Idea Vilariño, Amanda Berenguer e Ida Vitale, o el de una poesía de abundantes giros coloquiales que hace énfasis en la temática del absurdo y lo grotesco, pero con preferencias todavía por las analogías metafóricas y con cierto dejo posmodernista, en la que destacan Washington Benavides, Milton Schinca y Humberto Megget, la poesía de temática social referente a la cotidianidad que abarque otros escenarios de la vida humana, atravesados no solo por la filosofía y el arte, sino también por la política, la economía, la sociología, etcétera –temas supuestamente sucios para las ciencias del espíritu, como dice Foucault– fueron obviados dentro de la poesía uruguaya, con la excepción de Mario Benedetti y de algún que otro poeta del momento.

En la obra de Ibero Gutiérrez toda esta riqueza del parnaso uruguayo fue comprimándose cósmicamente en un centro con el poder expresivo y la potencia sugestiva de las construcciones iberistas, que no esperan ser entendidas para dar a entender, pues desde el mismo momento en que se conjura la poesía, lo importante no es la idea poética estructurada, erosionada por la filosofía del lenguaje: la gramática, sino proyectar el proceso del pensamiento, de la creación –como Artaud–, el momento de conformación en que todas las posibilidades son

una. «La realidad» como concepto totalizante «es un concepto reaccionario», nos alerta Ibero.

Segura en esta convicción, optimista o angustiosa, rebelde o escéptica, de acuerdo a quien valore su herejía, es que *Obra junta* va marcando la progresión de la voz de este joven creador hasta una escritura de mayor madurez y novedades estéticas, en los cuadernos «París Flash», «A raíz de las entrañas», «Los mundos contiguos», «Para abrir en caso de emergencia», «Buceando lo silvestre» (1968-1970), que reflejan con particular distinción la asimilación del ambiente cultural de los años sesenta: la cultura *beat*, el jazz, el movimiento contracultural *hippie*, el Mayo 68 francés, el *pop art*, todo en cuanto pudo apreciar el espíritu contestatario y reivindicador dirigido a transformar y recrear la sociedad y su lenguaje; desperezar sus potenciales naturales —el sexo y el humor— hasta el goce y la plenitud humanas; acabar con todos los estereotipos, con todos los presupuestos del mundo predeterminado por la tradición afirmativa que inmovilizan el espíritu creador contemporáneo; humanizar con la capacidad subjetiva del hombre el mundo, para animar la vida timorata de los explotados y confortable de los explotadores:

*Ay mis oídos se van se escapan
Brilla lo opaco con recuerdo a opio
/ anaranjado
Esa imposible sugerencia del agujero abierto
En la manzana jugosa refulgente sin su brillo
Y otra vez
El sol juntando esos fríos guijarros
/ ectoplasmas
Resumiendo el Longines con los ratos
/ del ocio sicodélico
Y el oro (amigo) sólo el oro que venden
/ en pastillas*

*Ni mar de puro tarro agregando
Los puntos de la muerte de Paul Ringo.*

En estos cinco cuadernos, la latencia de preocupaciones filosóficas existencialistas y marxistas, oscila entre la representación de lo absurdo, la alucinación (sicodelia, hipnagogia) surrealista y la denuncia política y antihegemónica, predominando siempre la ironía y el juego, en vez de la angustia o la lamentación, con lo que se nos revela un yo holístico, cósmico: el micromundo varipinto del yo personal, con sus frustraciones y utopías, su libido y represiones, no obstante instado a desenvolverse en el mundo con perspectivas éticas:

*para desdorizar los testículos
y quitarle importancia subversiva
a nuestros sexos
se edifican vaginas envasadas
con perfume francés en la salida
con ropa interior siempre de luto
por el perdón incluido en el jadeo
sin siquiera
delirar un poco
ni soñar nuestras caras utopías...*

Durante esta etapa Ibero viaja a Cuba y luego a París, y, como notas de viaje, dichos cuadernos recogen las impresiones que debieron haberle dejado la Revolución Cubana y el Mayo del 68, movimientos entre los que establece un contrapunteo en los «Mundos contiguos»:

*Yo he visto
los hombres pelear
contra los ángeles
y una cruz oblonga*

*blandir tubos de uranio
lignino y potasio...*

*Ventana puerta luna
Voz de radio, sombra de dedos de poetas
es lástima
todo es lástima, amor que no existe
—«non puoi cambiare il mondo con un
/ baccio».*

Es visible cómo Ibero, sin fetichismos ideológicos, hace la labor de un cronista o narrador, distanciándose de su yo más íntimo y la ideología para recoger una impronta de la realidad cambiante y contradictoria; a la vez sitúa en el espacio del Viejo Mundo el conservador concepto de realidad-imposible-de-transformar.

Las jerarquías y las estructuras de lo hegemónico, dinamitadas a través de la(s) lengua(s) poética(s), perderían así su capacidad de mantener al ser en la ilusión del progreso capitalista y en la mansedumbre ideológica. La poesía, en la medida en que genere el extrañamiento en el lector y desautomatice la conciencia que tiene de las cosas, tiene un valor práctico a la vez que autónomo, como espacio de disidencia. No había surgido en Uruguay un poeta con perspectivas tan ambiciosas como Ibero quien, sin haber vivido el tiempo necesario para conocer muchos otros poetas importantes de su promoción en Uruguay y en otros países de Latinoamérica, como Eduardo Milán, Roberto Echavarren, Arturo Carrera, Juan Manuel Roca, supo asimilar los hallazgos poéticos de las vanguardias, reciclarlos intertextualmente y hacer su metadiscurso, a través del cual el lenguaje poético se recrea a sí mismo y se contamina con otras artes: la plástica, la música, el cine, etcétera —cobrando cariz neobarroco— porque solo así es que la revolución invade al hombre:

reinventando constantemente las formas del lenguaje con que fija, jerarquiza y valora su realidad que quiere cambiar.

«Impronta», «Eros termonuclear» y «Sanseacabó» (1970-1972) expresan definitivamente un carácter neobarroco en la expresión y una identificación neomarxista-latinoamericanista: la violenta transgresión de la linealidad escritural, con cesuras y espacios que rompen la lógica estructura gramatical de la expresión; los cortes metonímicos entre palabras sin hacer distinción de su relación paradigmática; el juego intertextual, de registros literarios, los cruces de lenguas, componen un universo hipertextual, donde Onetti, Cortázar, entre otros, aparecen con sus personajes; Bach, Jethro Tull, Bob Dylan, *et al.*, son reintegrados sin reparar en los dualismos espacio-tiempo o autor-personaje; en las semejanzas o desemejanzas:

*a veces no tuve coraje de convertirme
En TABA y arrimarme
En TEJO y llegar a tu Cielo (como
Dice J. Cortázar, él también, decía
V. Llosa, tú lo oíste: ¡lo oímos juntos!)
Porque formábamos de todos modos —no
Creo en esas casualidades, en esas
/ espontaneidades—
Una PAREJA, una proto-pareja,
Una ur-pareja, lo que quieras, acepto,
Todo eso pero éramos la semilla, Margareth
Maggie
Now I know / I can't let Maggie go /
She flies like a bird / in the sky
[...]*

El tiempo no solo hunde en el olvido lo que no resiste la erosión de la historia, sino que revela aquello que se quiere ocultar, de la historia, forzosamente.

El arte es, sin duda, la manifestación inteligible de esta verdad –digamos– del «tiempo recobrado», del tiempo que nos falta y convoca para hacer la obra humana que hace trascender al hombre –cuando por ella se sacrifica– más allá de la muerte. Así lo entrevemos en la literatura desde Homero, pasando por Dante, Goethe, Rimbaud, Artaud hasta Lezama Lima: conocerse a sí mismo a través de la imagen: el reflejo de la memoria, el pasado humano y no el que debería haber sido, conforma este presente perfectible en que el sujeto consciente «perfora». Hay que seguir zambulléndose en los infiernos para aspirar a lo más alto; sus canes, los que matan, mueren; sus mártires: los que crean la Vida, se eternizan. No es la imagen de Ibero Gutiérrez muerto por trece impactos de bala, a cargo del Comando de Caza Tupamaru, lo que quedará para la Historia, sino su Poesía, su arte; sueños de, quizá, los vencidos, pero que animan a los hombres de hoy a completar la obra revolucionaria. ■

JORGE FORNET

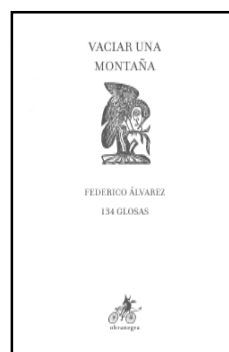
El camino de Chillida*

Quienes conocen, aunque sea vagamente, a Federico Álvarez, saben que nació en San Sebastián a finales de los años veinte y que, como hijo de republicanos españoles, vivió su exilio en Cuba y México; saben también que ha sido un gran editor y, desde hace décadas, profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad Nacional Autónoma

* Federico Álvarez: *Vaciar una montaña. 134 glosas*, México, Obranegra, 2009.

ma de México. Es probable, incluso, que estén al tanto de que hace algún tiempo publicó un volumen sobre un tema que lo ha obsesionado a lo largo de muchos años: *La respuesta imposible. Eclecticismo, marxismo y transmodernidad*, aparecido en México y en La Habana. Es menos probable, sin embargo, que estuvieran al tanto de que entre agosto de 1998 y mayo de 2006, Federico (saben de sobra que así lo llaman todos) hubiera mantenido una columna con la cual, durante cuatrocientos treinta y cinco martes y bajo el título «Glosario», llegaba a los lectores del periódico *Excelsior*. Lo cierto es que una selección de ellas –realizada por su autor a instancias del notable bibliófilo mexicano José Luis Martínez– nos llega ahora con el nombre de *Vaciar una montaña. 134 glosas*.

Lo primero que se nos revela, apenas avanzadas unas páginas, es que esta es la obra de un extraordinario lector. Y lo digo en un doble sentido, es decir, de alguien que se ha bebido bibliotecas ente-



ras, que ha acumulado miles de lecturas y que, al mismo tiempo, las ha incorporado con sabiduría y es capaz de relacionarlas y establecer entre ellas asociaciones inesperadas y brillantes. Lo curioso es que los brevísimos textos que integran el volumen (comentarios, los llama su autor en algún momen-

to) lo convierten en un extraño libro de memorias, porque no es difícil percibir en él la educación intelectual, las aficiones, los viajes, la evolución ética y política, las amistades y los recuerdos de alguien cuya biografía parece inscrita en aquellas lecturas. Pero es también, podría decirse, un libro de conversaciones (y no solo con los difuntos), dado que puede leerse como continuación de los diálogos y

las preocupaciones recurrentes en su autor; lo es además porque apela de un modo directo al lector, a quien empuja a comentar, retroceder o matizar las apasionadas opiniones que saltan a cada página. No quiero dejar de añadir –reconozco que, como elogio, puede parecer insólito– que este es un libro arcaico. En primer lugar, porque el género mismo de las glosas no encuentra muchos cultores en los tiempos que corren, y en su versión primitiva está asociado, de hecho, con el nacimiento de las lenguas romances; en segundo lugar, porque aunque Federico Álvarez domina los temas y autores más discutidos de nuestra contemporaneidad (maneja al derecho y al revés lo mismo a Derrida que a Bloom, las declinantes propuestas del posmodernismo que a los nuevos filósofos), no renuncia a su pasión por los aforismos o por las precisiones gramaticales, ni a mencionar nombres como Unamuno y Bergamín, Larra y Eça de Queiroz, que pocos se atreven hoy a citar; y en tercer lugar, porque su universo es, esencialmente, el de la palabra impresa, el del libro propiamente dicho, tantas veces condenado a muerte.

Federico, claro, se ríe de tan tenebroso y discutible presagio y me hace recordar, de paso, a Alfonso Reyes, quien en «Apolo o de la literatura» se refería al riesgo que algunos veían, en 1940, de que el libro desapareciera ante la apabullante difusión de un nuevo medio: la «comunicación radiofónica». Tan apegado está aquel al universo de la letra, que se reconoce como un mal espectador de cine, no solo porque en materia de películas discrepa de los gustos y opiniones de notables críticos y realizadores, sino también por su molesta manera de comportarse en las salas. Una vez le escuché decir a Fogwill –escritor argentino célebre lo mismo por sus libros que por su personalidad urticante– algo que seguramente es válido para nuestro autor: «Des-

confío de las artes que dependen de la electricidad». Es una idea que se desprende de las páginas de *Vaciar una montaña...*; la misma que lo lleva a preguntarse: «¿Se ama una telenovela como se ama *La cartuja de Parma*?», para responder de inmediato: «Imposible».

Resulta cautivante observar la cantidad de asuntos que asoman en este libro, desde los más nimios hasta los más profundos, desde los que forman parte de nuestro universo cotidiano hasta los que responden a complejas nociones filosóficas. El atractivo radica en que todos ellos se nos aparecen con una claridad sorprendente, y buena parte de las veces con unas dosis de humor o de ironía que siempre se agradecen. No es extraño, por ejemplo, que dé entrada a notables pensadores para ilustrar los más inesperados temas. Así, al hablar de la «enfermedad de Flaubert», o sea, de la incapacidad del autor de *Madame Bovary* para soportar la estupidez ajena, recurre a una ingeniosa frase de Nietzsche: «¿Me aplauden? ¿Qué estupidez habré dicho?». Otra de las glosas refiere un delirante diálogo en una tienda cuyos precios terminan en 9, con la habitual pretensión de estimular a los compradores; el autor está dispuesto a comprar una camisa cuyo precio es de 299 pesos, pero con la única condición de que se la vendan en trescientos; la discusión con la empleada y luego con el gerente se torna tensa; ninguno de ellos sabe que la respuesta a esa aparente arbitrariedad estaba ya, según nos hace notar el libro, en *Anatomía de la crítica*, de Northrop Frye: «La publicidad y la propaganda pretenden dirigirse subliminalmente a un público de cretinos, un público que acaso ni siquiera existe, pero del que se supone que es lo suficientemente estúpido como para aceptar literalmente las afirmaciones que se hacen sobre la pureza de un jabón o las intenciones de un gobierno». En otro de los textos el

autor aprovecha que el novelista británico Julian Barnes, con sesenta años recién cumplidos, reflexiona sobre la vejez y la muerte, para abordar el tema no sin cierta extraña petulancia: «¡Hágame el favor! ¡A los sesenta años! [...] ¡Sesenta años y ya empieza a hablar de la muerte! Amigo Barnes, póngase usted en la fila que ya le llegará el turno de hablar sobre ella con más propiedad». Algo, por fortuna, reconoce al autor de *El loro de Flaubert*: «Menos mal que dice también que está a la izquierda de Tony Blair...». En su brevísima semblanza de Buñuel, Federico recuerda un encuentro que tuvieron en Madrid; lo torturaba el dilema de no saber cómo decirle al maestro aragonés que no le había gustado su recién estrenada película, *Los fantasmas de la libertad*, de modo que opta por concentrarse en una de esas arbitrariedades geniales que, confiesa, siempre le disgustan: «¿Por qué esa cucaracha corriendo sobre las teclas del piano?», a lo que Buñuel responde un poco sorprendido: «Un elemento inocuo». A veces la anécdota remite a un hecho conocido que cobra, en su recuento, nueva actualidad; es el caso de la espinosa relación entre Unamuno y Darío sintetizada en la desafortunada frase del español cuando expresó, en tono despectivo, que a Rubén se le veían las plumas de indio debajo del sombrero. La opinión, como se sabe, no tardó en llegar a este, quien respondió con una carta que comenzaba diciendo: «Es con una pluma que me quito de debajo del sombrero con la que le escribo». Unamuno lamentó su observación y tras la muerte del nicaragüense reconoció haber hablado «con esa lengua que el Demonio nos ha dado a los hombres de letras».

Entre las decenas de glosas dedicadas a Cervantes y a Ángel Rama, a Octavio Paz y a Italo Calvino, al grafiti y al placer, me sorprende encontrar

cuatro centradas en la figura de Kant. Creo percibir en ese interés el reconocimiento que Federico hace del filósofo como modelo intelectual. Aquel hombre metódico, según repiten sus biógrafos, nunca salió de Königsberg, más allá de algunas breves escapadas a los alrededores, de modo que entre las cuatro paredes de su estudio, con sus cuatrocientos cincuenta libros a la mano «escribió una obra de una tal trascendencia que muy pocos hombres sobre la Tierra han podido ni siquiera igualar». Ese mismo hombre, no hay que olvidarlo, «en política fue siempre un partidario de la Revolución Francesa, incluso después de la decapitación de Luis XVI, ocasión en la que tantos otros intelectuales ilustres de Europa que habían respaldado con entusiasmo a la Convención [...] le retiraron espantados su apoyo». Entre aquel método y este radicalismo pueden ubicarse y ser entendidas también la figura y la obra de Federico Álvarez.

Quiero concluir refiriéndome al título del volumen, tomado, a su vez, de una de las glosas. Viene de una idea del escultor vasco Eduardo Chillida, quien, a contrapelo de la tradición escultórica –desde las estatuas egipcias hasta los «tersos volúmenes» de Henry Moore, pasando por aquella figura inconclusa de Miguel Ángel en la que puede verse el torso y la pierna de un esclavo «saliendo» de la piedra–, a diferencia de esa tradición, insiste el autor, Chillida pretende esculpir un vacío, tallar en la montaña una oquedad, un espacio y un adentro. O sea, no se propone erosionar la superficie para hacernos ver lo que se encuentra «debajo» de ella, sino introducirse en el descomunal bloque y crear un espacio interior en esa realidad, un alma que nos permita movernos por sus entrañas y entenderla de otro modo. Este libro, de alguna manera, se propone lo mismo. 